

# La información

**L**A mayor parte de las gentes hablamos sobre cosas de las que no estamos bien informados. Eso de "lo sé de buena tinta". O "me lo ha dicho uno que lo presencié". O "me lo ha contado un general o un ministro"... No puede darnos nunca una prueba de autenticidad. Lo cierto es que los hombres no saben ahora de una manera exacta y estricta lo que ocurre en el mundo. Posiblemente, la Historia se ha escrito siempre aún más que sobre pruebas fehacientes, dando pábulo a la fantasía. En la historia tienen más importancia que los hechos los actos, y en los actos que realizan los hombres es muy difícil penetrar.

En tiempos existían los mentideros, las famosas gradas de San Felipe, y en su mismo nombre de mentideros, hallamos la clave para entender que allí se dirían pocas verdades. Traer y llevar noticias que produjesen sensación, no era propiamente informar con veracidad de cualquier cosa. Veinte personas presenciaban un mismo hecho y cada una lo relata a su manera, siendo muy difícil que dos coincidan en la misma versión. Aún los que realizan un acto importante, cuando empiezan a derivarse de él consecuencias trascendentales tienen que pedir a otra persona información de lo que pasa. Es lo que nos refiere Stendhal de Napoleón, después de la derrota de Waterloo. En su retirada, con su Estado Mayor, vió por un atajo a un soldado fugitivo, cargado con su macuto, y le llamó entonces para preguntarle lo que había ocurrido en la batalla. Y, claro está, el soldado no sabía de la batalla, sino lo que había pasado en torno suyo, y para él, aquel pequeño fragmento de batalla era todo Waterloo.

A partir de la segunda mitad del siglo XIX se inició la época de los clubs y de los cafés. Allí se traían y se llevaban cuentos y muchas veces estos cuentos produjeron hechos trascendentales. Quien entraba en un café, preguntaba al nuevo contertulio, o bien ¿qué se dice? O bien ¿qué se miente por ahí? Esto quiere decir que verdades y mentiras eran lo mismo, que lo que importaba era el relato para tener tela cortada con la que comentar, discutir y pasar el rato. Hoy, en los bares, ante una barra, de pie, hay menos tiempo para charlar, mas no por eso en estos lugares se dejan de dar noticias sensacionales que nadie se detiene a pensar si son verdad o mentira. Ni importa tampoco ya que en toda mentira puede haber un grano de verdad, y por el contrario, muchas verdades llevar dentro no pocas mentiras.

Por otra parte, los periódicos de cualquier parte del mundo suelen dar noticias interesadas, callando lo que les conviene y desfigurando la verdad que no creen oportuno decir. Nunca ha habido tantos medios de información como en nuestro tiempo. Radio, fotografías, teletipos, rotativas, medios de transporte... Pues bien, todos estos elementos no son capaces de traernos la verdad y el hombre contemporáneo ni se pone a discurrir sobre lo que pasa, no ya en un país lejano, sino en la propia calle donde vive, llegará indefectiblemente a la confusión.

Por esto, es mucho mejor leer periódicos atrasados que periódicos del día. Lo que pasó empieza a tener un tinte de verdad, como lo tienen las novelas. Lo difícil es saber lo que está pasando. Sin embargo, todo el mundo pide informaciones, que-

re informarse de las cosas y este anhelo no significa sino que nuestra impaciencia quiere alimentarse de algo y nuestra curiosidad no quiere permanecer inactiva.

No debemos quejarnos, pues, de que corran bulos. Si todo el mundo se ha puesto de acuerdo para no decir la verdad, es natural que la mentira desfile de una parte a otra. Lo grave es cuando una mentira que gravita sobre nuestras conciencias llega a convertirse en verdad.

Francisco de COSSIO



—Pido la suspensión de  
que mi cliente pueda cambia